

































del primer verso en las coplas de Jorge Manrique, «recuerde el alma dormida», una invitación al despertar y no a la memoria. Mi atención ha aislado el triángulo de la señal como si lo recortara de una foto o de un anuncio del periódico y lo pegara sobre una hoja en blanco. En ese momento lo ojos se me abrieron más, y también los oídos, de golpe, como cuando se alivia un tapón, avive el seso y despierte. Y me fijé en otros detalles, olvidado por un momento del camino que llevaba y de las cosas que bullían sombríamente en mi cabeza: me fijé en un cartel escrito a mano y pegado a una farola con cinta adhesiva, «se ofrece señora de confianza para cuidar mayores y todo tipo de tareas de la casa»; en la foto de una rubia muy bronceada en bañador blanco en el escaparate de una farmacia, «Este verano adelgaza comiendo»; en una pizarra a la puerta de un bar en la que estaban escritos con tiza los platos del día, «calamares en su tinta, estofado de lentejas caseras, ensalada de pulpo» (en la pizarra estaba dibujado con bastante maña y con tizas de varios colores un plato de guiso humeante). Una mujer joven pasó en ese momento a mi lado hablando por el móvil. Agitaba la mano que no sostenía el teléfono y un ruido de pulseras acompañaba el ritmo de sus tacones imperiosos; una mujer traspasada por la ira que no tenía reparo en hablar muy alto. «Mamá, que es tu hija. Mamá, ¿me escuchas? Lo que su marido diga a ti no te importa. Tú no tienes por qué pagarle el gimnasio a tu hija. ¿Me escuchas, mamá? ¿Cuándo me has pagado tú nada a mí?»